

namente. Rosales es un valor que gana altura de día en día.

Bien hizo la Asociación de Pintores y Escultores exhibiendo en una sala, copiosa cantidad de cuadros y apuntes del liorado Ricardo Verdugo Landi, tan excelente marínista como cumplido y generoso caballero, que, con su hermano D. Francisco, dieron constante aliento a la mayor parte de nuestra juventud artística, publicando en *La Esfera* miles de reproducciones de obras, sin



ROSALES. RETRATO DEL VIOLINISTA PINELLI

atender a su mayor o menor importancia en cuanto a fama de los autores.

Presidiendo esta sala, se ofrece al visitante un excelente busto de Verdugo Landi, debido al escultor Juan Cristóbal. El parecido es extraordinario. El emplazamiento no ha podido ser más adecuado. La evocación de la testa expresiva del artista resulta de máxima fuerza al sumergirla en la propia obra.

Verdugo Landi fué nuestro último marínista, en este país paradójico que, contando centenares de kilómetros de costa, se mostró siempre desinteresado del mar. Verdugo Landi, malagueño avecinado en Madrid, fué de los pocos españoles que sentían la añoranza del mar. De tiempo en tiempo, cual enamorado que arde en deseos de ver a la amada, Verdugo Landi se acercaba a la costa y dedicaba al mar el íntimo homenaje de unos estudios saturados de pasión y de afán comprensivo... Con buen acopio de recuerdos gráficos, el artista regresaba a Madrid, los distribuía sobre las paredes de su amplio

estudio—toda su casa era taller—y quedaban convertidos para su imaginación de árabe en infinitas ventanitas que le permitían asomarse y contemplar a la amada. Estos apuntes frescos, jugosos, certeros, conservan fragancia de realidad, y constituyen lo más personal y atrayente de la obra del artista.

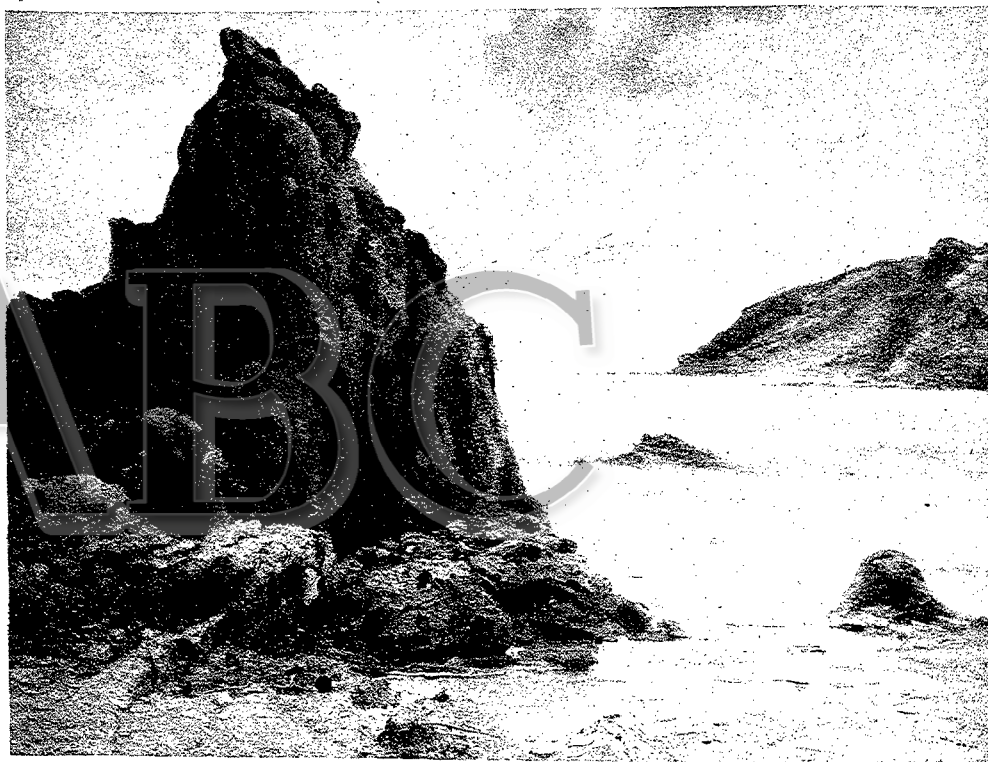
En esta exhibición póstuma hay obras de gran encanto. Puede muy bien el visitante hacer un cruceo por toda la periferia marítima peninsular, desde las brumas cantábricas, finas, con tonalidades de perla, hasta las rutilantes e incendiadas costas de Garraf, pasando por los maravillosos rincones del puerto de Málaga, con sus barcos viejos, inválidos del mar, que parecen asilados bajo la protección de clima acogedor.

Verdugo Landi ha muerto legando un recuerdo personal de gran simpatía y una obra excelente y sentida, como obra de un auténtico romántico del mar.

Las clásicas marinas, de barcos veleros enjovados con la pompa barroca de sus telas infladas, ya no tendrán cultivador en España que recoja con pasión la vida agonizante de los últimos ejemplares. La esbeltez de unos altos palos desaparece. El barco tiende a convertirse en pez. El apoyo en el viento es substituído por el apoyo en la propia agua. Gana con ello la comodidad lo que pierde el arte.



BUSTO DE RICARDO VERDUGO, POR JUAN CRISTOBAL



DOS MARINAS DE VERDUGO LANDI



Dentro de muy contados años, estas marinas de Verdugo Landi tendrán también el valor de documento gráfico para las nuevas generaciones que vienen a asistir al triunfo absoluto del motor mecánico. Ante la contemplación de un barco de vela sentirán la curiosidad de las cosas bellamente absurdas, desaparecidas para siempre. Mas sobre el valor documental flotará siempre un sutil halo de emoción. De la emoción que iluminó toda la vida de un artista apasionado del mar...

En cambio, las mismas rocas, idénticas olas, una luz inextinguible, convertirán en inimitable el tema en la propia realidad. Solamente las interpretaciones artísticas deformarán la visión de la Naturaleza, ennobliéndola o relajándola.

ANTONIO MENDEZ CASAL

(Fotos V. Muro.)